DAMASO: SU NOMBRE

Siempre recuerdo aquella habitación de su casa de la calle de Rodríguez San Pedro.

Prisión de cal y de canto,
ataúd de piso y techo,
anclado en la cruz exacta
de los espacios y el tiempo,
en mar de campos, marina
de horas mansas, tierra adentro.

Ahora, en la misma noche de estrellas altas que yo adivino, pero que no veo, veo todavía (¿cuánto tiempo hace que lo estoy viendo?) a aquel niño que con un dedo extendido cuenta inútilmente las estrellas:

una, dos, tres, cuatro,
cinco...

Como estoy viendo al Dámaso juvenil de la aspiración infinita que intentaba seguirle:

una, dos,
tres...
cuatro...
cinco...

¿Cuánto tiempo hace que yo veo al Dámaso que veía al niño? Como el niño miraba los luceros. Como los luceros estaban «en los ojos de Dios, digo del niño».

Dámaso vio muy pronto a ese niño y se llamaba Dámaso. No sé si vio a Dios, pero ¡cuánto lo ha clamado! La primera vez que yo oí su nombre fue en un pueblo de pinos, en las alturas de una sierra. Y yo veo que aquel viento puro que soplaba en lo sumo no ha dejado de soplar sobre el rostro de Dámaso. Fue su nombre, y lo dijo él, para presentarse, como yo dije el mío para lo mismo. Pero esa

nominación no se encadenó con el mundo natural ni con la luz indefinible que sobre él se cierne. Porque la primera vez que oí su nombre soplado en el viento permanente que llega de lejos, y que es un viento recurrente, fue muy pocos años después. Cuando él se nombró en unos versos. Era en 1919, y me había dicho: «Traigo un poema». Era en la habitación de su casa. «Prisión de cal y de canto»... Aún lo recuerdo:

Veinte años tienes, hoy me dije.
Veinte años tienes, Dámaso.

El Dámaso profundo asomaba ya allí, en su nombre. Aquellos veinte años, aquel poner su nombre siguiendo a la edad donde brillan las esperanzas, estaban silabeados con una ironía que le desmontaba de su presencia humana —y, ¡ay!, humanista— precisamente por inexplicable. Jugaba un filo invisible pero sin merced. Era el Dámaso cuajado que ya se miraba con la profunda extrañeza que no le ha abandonado nunca.

Pasaba por aquellos versos la mención de un libro viejo, más unos toques de escepticismo punzante que sólo por contraste se hacía sensible. Y el joven se miraba con una irrisión tácita (una «broma soturna», que diría muchos años después).

Entonces yo no me di cuenta de que el nombre Dámaso sonaba *por primera vez, ni de lo que significaría esa nominación (autonominación la ha llamado Bousoño). Pero sí sentí el abalanzamiento propio y la despersonalización simultánea, como, por otra parte, la objetivación del mundo, que por una punta, por un nombre, en contraste, se hacía latido humano y se instalaba en el alma.*

Era lo «yo-Dámaso» y era, fuera, al mismo tiempo, lo «no-Dámaso»: el mundo en función de nuestra mirada atónita. Como era el «monstruo», el «Dámaso monstruo», es decir, como ha puntualizado en su poesía, lo inexplicable, lo que no tiene sentido, la frenética interrogación al Dios que nos estruja y del que el hombre ha dicho, por la boca de Dámaso, en un rapto de amorosa venganza metafísica:

Si me deshago tú desapareces.

Era el Dámaso de la abyección de lo que no se justifica: la existencia. La ignorancia original y final que le hace verse como este Dámaso frenético, «este amarillo ciempiés (ahí está el "monstruo") que clama con todos sus tentáculos enloquecidos» a la suprema altura. ¿Cuándo se ha mirado hacia Dios con tal ferocidad desampa-

rada? «Como esta alimaña que clama hacia ti». Y viene el sustantivo clave, iluminador del poeta: «Como esta desesperada incógnita».

Porque ahí está el nombre, el Dámaso, el hombre, materia en desorden que toma las más variadas formas —todas inexplicables— de la desesperación, como de la esperanza (siempre incorporada en alguien) como de la rebeldía.

Allí, en aquel primer nombre que Dámaso pronunciaba ante mí, estaba el Dámaso de la protesta. El que al nombrarse se yergue iluminado por la libertad (una última luz en el reducto de la conciencia) que se arroga en suprema voluntad hasta un ápice desafiante: «Dámaso-dios». Para autoaniquilarse desmintiéndose (oleadas de la despersonalización del ultrapersonalizado) como «Dámaso-impío». Pero su conciencia («yo era yo, conciencia») no se aniquila nunca. Como una luz, que se asoma a los ojos, que se desposa por los sentidos (previa a todo juicio, a toda extrañeza) con el mundo natural (o que quizá en ella se redime), en una embriaguez en que parece hacerse triunfador de la misma iniquidad del espanto. «Dámaso-vidriera», «torre de luz». «Dámaso-fanal amalgamado en luz, absorbiendo, bebiendo el mundo en luz». «Y yo con él» añade en redentora fusión, en alcanzada victoria, la única posible: «Ovalo ardiente» de su vista, como un grito de invención o descubrimiento, «fanal-Dámaso al mundo».

Pero esto no es más que un instante, una victoria de la luz. Porque allí, en aquel primitivo Dámaso de los veinte años estaba también el Dámaso irredento del regreso, el Dámaso del pozo profundo de la noche, el del desconocimiento absoluto. El mismo que un día junto a un río al que llamaban Carlos (Charles River) —¿pero es posible que a un río se le llame Carlos?— veía pasar la tristeza infinita de las aguas y demandaba con esa suprema pregunta que lleva siempre la aparición del nombre Dámaso. Y al preguntar al río símbolo de la vida sin sentido, suma de lágrimas, aguas oscuras, aguas cenagosas, por qué le llamaban Carlos, termina con la nominación sorprendente, última confusión de la simbólica duda: «De este río al que llamaban Dámaso, digo Carlos».

En este gemido donde las aguas del río Carlos las siente el lector como las lágrimas del mundo, al mismo tiempo que las lágrimas del hombre, por un nombre, y nunca más tristemente mágico, se signan los sucesivos Dámasos. El lo ha dicho:

Yo vivía, variaba
a cada instante, y siendo sólo un único Dámaso
—misterio— había infinitos Dámasos en hilera;
tantos como latidos dio un corazón.

En aquella habitación antigua, «prisión de cal y de canto, ataúd de piso y techo», que ya entonces parecía hundirse en las aguas sin devolución, escuché verdaderamente por primera vez el nombre de Dámaso. Tenía veinte años. Era en 1919. Y yo escuché y sentí, pero no me di cuenta, no podía dármela, de que estaba escuchando, de que estaba viendo nacer, repristinado, lo que pronto había de ser, en la poesía moderna, un procedimiento poético (*).

VICENTE ALEIXANDRE

Wellingtonia, 3
MADRID

(*) De esta autonominación no olvido la Edad Media: por ejemplo, Juan Ruiz, Gonzalo de Berceo. Pero esto tenía distinto origen y entidad completamente diferente.